

STEFAN ZWEIG

UNA BODA EN LYON
Y OTROS RELATOS

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE BERTA VIAS MAHOU

BARCELONA 2020



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Die Hochzeit von Lyon / Ein Mensch,
den man nicht vergisst / Zwei Einsame / Die Wanderung*

Publicado por

A C A N T I L A D O

Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© de *Die Hochzeit von Lyon und andere Erzählungen*,
1927 by Atrium Press Ltd.

© de «Ein Mensch, den man nicht vergisst», 1946 by Atrium Press Ltd.

© de «Zwei Einsame», 1901 by Atrium Press Ltd.

© de «Die Wanderung», 1902 by Atrium Press Ltd.

All rights controlled by Atrium Press London

Este libro ha sido negociado a través de International Editors' Co.

Agencia Literaria

© de la traducción, 2020 by Berta Vias Mahou

© de esta edición, 2020 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:

Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, ilustración de Leonard Beard

ISBN: 978-84-17902-25-4

DEPÓSITO LEGAL: B. 2613-2020

AIGUADEVIDRE *Gràfica*

QUADERNS CREMA *Composició*

ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2020*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Una boda en Lyon, 7

La caminata, 33

Un ser humano inolvidable, 49

Dos solitarios, 63

UNA BODA EN LYON

El 12 de noviembre de 1793 Barère proclamó en la Asamblea Nacional francesa aquel edicto fatal contra la traidora ciudad de Lyon, que al fin había sido tomada al asalto. Concluía con estas lapidarias palabras: «Lyon se opuso a la libertad. Lyon ya no existe». Los edificios de la levantisca ciudad, así lo exigió, debían ser derruidos, sus monumentos convertirse en cenizas y hasta su nombre desaparecer. Ocho días vaciló la Asamblea antes de aprobar una destrucción tan completa de la segunda ciudad más grande de Francia. E incluso después de haberlo firmado, Couthon, el comisario del Pueblo, convencido de la secreta conformidad de Robespierre, sólo puso en práctica aquella orden erostrática con indolencia. Para guardar las apariencias, reunió con gran pompa al pueblo en la plaza de Bellecourt, y con un martillo de plata golpeó

simbólicamente los edificios destinados a ser demolidos, pero la pala penetró en aquellas magníficas fachadas sólo de manera vacilante, y la guillotina practicó su bronco y estruendoso descenso de manera todavía frugal. Tranquilizada ante esta inesperada indulgencia, la ciudad, ferozmente enardecida por la guerra civil y por un asedio de varios meses, se fue atreviendo a respirar otra vez esperanzada, cuando de pronto el humano e indeciso tribuno fue retirado del puesto y en su lugar, en Ville-Affranchie—como se llamó a partir de entonces Lyon en los decretos de la República—, aparecieron Collet d'Herbois y Fouché, ataviados con la banda de los comisarios del Pueblo. De la noche a la mañana, lo que se pensó que simplemente sería un patético decreto disuasorio se convirtió en una cruda realidad. «Hasta ahora, aquí no se ha hecho nada», denunciaba impaciente el primer informe de los nuevos tribunos a la Asamblea, con el fin de demostrar su energía patriótica y de hacer recaer la sospecha sobre sus tibios predecesores.

Y enseguida se pusieron en marcha las atroces ejecuciones que Fouché, el «*mitrailleur de Lyon*», cuando más tarde se convirtió en duque de Otranto y en el defensor de todos los principios legítimos, no permitió que se le recordaran.

En lugar de la pala, que colocaba el mortero con lentitud, ahora las minas de pólvora dinamitaban filas enteras de los más soberbios edificios de la ciudad. En lugar de la guillotina, «dudosa e insuficiente», los fusilamientos en masa y el fuego de metralla despachaban con una salva a cientos de condenados. Endurecida por medio de nuevos y acerados decretos diarios, la justicia traspasó todos los límites, segando como una guadaña, día tras día, su gigantesco haz de seres humanos. Ya hacía tiempo que el Ródano, que fluía alejándose de allí con rapidez, se ocupaba del trabajo—por lo general demasiado lento—de amortajar y dar sepultura a los cadáveres. Hacía tiempo que las cárceles no bastaban para la gran cantidad de sospechosos, de modo que los sótanos de los edifi-

cios públicos, de las escuelas y de los conventos se convirtieron en el lugar de residencia de los condenados. Por supuesto, en un lugar de residencia tan sólo fugaz, pues la guadaña seguía golpeando con precisión y rara vez la paja calentaba el mismo cuerpo durante más de una noche.

Un día de intenso frío de aquel mes sangriento, una nueva cuadrilla de condenados fue arrastrada hasta los sótanos del Ayuntamiento para pasar allí juntos unas pocas y trágicas horas. Al mediodía los habían conducido uno por uno ante los comisarios, y su destino fue despachado tras un breve interrogatorio. En ese momento los sesenta y cuatro reos, hombres y mujeres, estaban sentados en una confusión absoluta en aquella oscuridad de bóvedas bajas que olía a cubas de vino y a moho, y que un escaso fuego de chimenea en la habitación delantera, más que calentar, tan sólo coloreaba. La mayoría, soñolientos, se habían arrojado sobre los sacos de paja. Algunos, sentados a la única mesa de madera que les permitían tener y a la trémula